

Carlos Liscano

Cambio de estilo

*El actor lleva ropa muy sobria, que no identifica a una clase social. Está sentado a una mesa. Comienza a hablar desde el sitio y luego se levanta hacia el público. Explica su historia con mucha objetividad.*

Yo tuve una madre. Eso es muy cierto. Todo comenzó una noche. Era en un bosque, allí estaba mi madre. Todavía no era mi madre, iba a serlo poco tiempo después. Pasaron muchos años y me enteré de que también había habido un hombre vinculado al hecho. No era muy claro, porque habían sido varios hombres. Mi madre creía firmemente en uno de ellos. Pero no tenía cien por ciento de seguridad porque había sido en el bosque y las caras se le confundían. Pero es casi seguro que si no fue ese hombre fue el anterior, decía mi madre. Había que optar entre dos hombres. A los otros mi madre los descartaba porque le parecía que poco habían tenido que ver con la cosa en sí. Aunque después la historia se le complicaba cuando tomaba en cuenta los resultados, o sea yo, su hijo del bosque, el uno único de este mundo para ella.

Bien, dejemos al hombre, que pudo ser uno de aquellos o cualquier otro. Para la cosa se necesitan dos, uno era mi madre, y después un tipo, algún tipo.

Decía mi madre que siete meses después de la noche del bosque era carnaval, ella estaba bailando y de pronto sintió que yo quería salirme, y le dio tanto fastidio que se arrepintió de haber estado con el hombre del bosque, el que hubiera sido.

Mi madre quería seguir bailando. Intentó que yo me quedara en mi sitio, pero parece que yo insistía y no tuvo más remedio que aceptar que ya era hora. Se fue al hospital y al poco rato nació yo.

Hay que ver lo que son las cosas, cómo se encadenan, cómo se influyen, cómo se deterioran. Algo ocurre una noche en un bosque, luego pasan siete meses y algo ocurre en un baile de carnaval. Al poco rato ocurre algo en un hospital. Son tres hechos, tres hechos simples. Pero bastan tres hechos para amargarle a uno para siempre la existencia.

Mi madre no se hacía muchas ilusiones. Desde el principio fue así. Nací y mi madre sin demasiadas ilusiones. Me dejaba venir, como quien dice. Pero igual un poco de ilusiones se hacía. Ella estaba allí, yo ya estaba también allí, la pobre no podía menos que ilusionarse un poco, un poquito, apenas, como hacen siempre las madres. No pueden evitarlo.

Enseguida, me contaba mi madre, el fastidio por mi nacimiento fue superado por la sorpresa. Ella estaba en el hospital, yo nací, y de pronto ella me vio con el enorme fastidio que yo le había causado, y vio que yo era idiota. Eso sí que estaba más allá de los límites de todo lo previsible.

Era evidente que yo era idiota, nadie podía equivocarse. Mi madre lo notó de inmediato, y eso ella no podía soportarlo. Se lo atribuyó al hombre que era mi padre, que era el culpable del indeseable resultado, o sea yo.

Si bien las cosas habían ocurrido de noche, y el responsable era aquel hombre, o alguno de los anteriores, ella no recordaba ningún idiota que anduviera rondando por el bosque aquella noche.

La sorpresa le duró toda la vida, porque de vez en cuando, para mi cumpleaños por ejemplo, mi madre se ponía a pensar quién podía haber sido el idiota que acabó siendo mi padre. No lograba localizarlo y yo creo que eso fue una de las cosas que la llevó a la tumba, con el odio que mi madre siempre sintió por los idiotas.

Bien, mi madre, pese a que yo le había fastidiado el baile, y pese a que nací idiota, se hizo igual alguna ilusión conmigo. No muchas, pero por lo menos al comienzo, durante unos días, o algo así, se hizo ilusiones.

Todas las madres se hacen ilusiones. Saben que después de un par de años todo se irá a la mierda, pero al principio igual se hacen ilusiones.

Mi madre se hizo las ilusiones que le correspondían. No había ningún motivo para hacerse ilusiones, pero ella igual tuvo que hacérselas.

No se le iba a dar, claro. Viéndome a mí era más que evidente que todas las ilusiones que se hizo mi madre en el hospital, que eran pocas, respecto a que yo

iba a ser el futuro de la especie, y de infinidad de otras cosas bonitas que me iban a ocurrir en el futuro, y que la iban a llenar de orgullo, eran todas vanas.

Se ve que algo no anduvo bien conmigo, algo no salió como debía. Y ella, claro, tendía a atribuírselo al idiota, al del bosque, que ella no lograba identificar.

Bien, estábamos en el hospital, yo nacía, yo era idiota, me quedaba toda la vida por delante. Enseguida vi que ni yo debía hacerme ilusiones conmigo. Fue como un relámpago, una intuición genial. Yo tenía una madre, también tenía un padre por ahí, en algún sitio, un padre que probablemente fuera el que mi madre decía, pero dado mi carácter había muchas dudas porque el hombre que mi madre mejor recordaba no era idiota ni siquiera tonto. Entonces, con esos antecedentes, dadas esas condiciones materiales, objetivas, la coyuntura, como se dice, ¿cómo iba yo a hacerme ilusiones?

Aquello no era un buen comienzo para mí. Lo vi en el aire, de inmediato, antes de la media hora. Yo todavía no tenía media hora de vida y ya sabía que si me decidía a vivir iba a ser muy difícil sobrellevar esas tres circunstancias adversas: una madre, un padre que andaba por ahí, en el mundo, y además ser idiota. Yo nacía demasiado condicionado, no me iba a ser posible colmar las escasas ilusiones de mi madre y además hacerme ilusiones propias.

Fue por eso que aquel día, el día del hospital, resolví que nunca iba a tener ilusiones.

Es claro que uno no vive sin ilusiones, y yo las he tenido, sí señor, cómo no, pero nunca he tenido ilusiones que me duraran más de tres o cuatro días. Porque es sabido que todas las ilusiones acaban en la triste mierda, como acostumbran acabar. Y la culpa de que todo acabe como acaba la tienen las madres, que se hacen esas ilusiones desmedidas cuando uno nace, y después uno tiene que ir ilusionado a lo grande por el mundo, en vez de marchar con ilusiones pequeñas, de pocos días.

Era por eso que, si algo le agradecía a aquel señor del bosque, el idiota de mi padre, era que su indudable existencia no me permitía hacerme ilusiones desmedidas, como andan tantos por ahí, ilusionados, creyéndose cosas, creyendo que algún día mejorarán, que esto es pasajero.

No señor, no iba a ser mi caso, me lo juré en el hospital, cuando apenas tenía media hora. Pero si yo no iba a tener ilusiones, tenía que tener alguna otra cosa. Pensé un rato y me decidí por el estilo. No tendría ilusiones pero tendría estilo. Fue entonces que elegí estilo, mi estilo, el estilo que tuve desde entonces, desde el hospital, hasta hace poco tiempo.

Era un estilo de idiota, se me dirá. Sí, claro, era el estilo que me correspondía desde la cuna, pero no era un estilo de hijo de puta. Yo creo que habría que diferenciar entre el estilo idiota y el estilo hijo de puta.

Vamos a ver, hay que ver las diferencias entre una cosa y otra cosa. Yo creía que el estilo idiota es superior al estilo hijo de puta. Lo creía firmemente. Y cuando decidí que debía tener un estilo propio, la noche del hospital, cuando decidí que debía tener algo que me permitiera diferenciarme, pude optar por el estilo hijo de puta. Pero enseguida vi que era un estilo bastante gastado, algo que todo el mundo tiene.

Porque hay dos estilos básicos en la vida, está el estilo idiota y el estilo hijo de puta. Los demás estilos son variaciones sobre esos dos temas. Lo dicen los grandes filósofos, los profetas, los grandes pensadores: o se es idiota o se es hijo de puta. No hay tres.

Yo quería ser diferente. Ninguna relación con los hijos de puta. Por tanto, el estilo idiota sería el mío, para toda la vida. Por otra parte, era una especie de homenaje al señor del bosque. Él había hecho de mí un idiota, y yo elegía el estilo idiota. Porque se puede ser idiota e hijo de puta a la vez. No hay que pensar que son incompatibles. No señor, de ningún modo. Son perfectamente compatibles, se puede ver todos los días, en cualquier sitio, en la calle, en el trabajo, en la política, en la televisión.

Yo elegí mi estilo y así vine, hasta aquí, hasta hace poco, cuando me llegó una carta.

Esa carta me cambió la vida. Yo había venido viviendo con lo mío, con mi estilo. Idiota, pero no hijo de puta. Y hasta en cierto modo feliz. No mucho, pero de a ratos, cierta felicidad marcaba mis días. Tal vez no fuera felicidad, pero era algo que se le parecía. Yo me dejaba llevar, los años pasaban, la vida se desenvolvía con cierta dulzura.

Bien, me llegó esa carta. Era un señor que decía que había conocido a aquella señora que había sido mi madre, y que quería conocerme. A mí no me importaba conocerlo, no me importaba que hubiera conocido a mi madre ni majaderías similares. Pero al final consentí, por hacerle el gusto.

Un día nos encontramos con el buen señor de la carta, en la calle. Yo estaba allí y lo vi venir y enseguida entendí que aquel señor era mi padre.

No necesitó hablarme, no necesitó explicarme nada. Lo vi y comprendí. Era mi padre, era el del bosque, y era un hijo de puta. Vale decir: tenía otro estilo, el que yo no quise elegir para mí. Él lo tenía.

Me vio y me dijo sorprendido:

”Hijo mío, tú eres idiota, ¿cómo ha podido ocurrir eso?”

”Papá” le dije yo ”he hecho lo que he podido. Nací, vi todo lo que era aquello, y elegí el estilo que me correspondía. Tú no estabas.”

”Es que no podía, hijo. No podía aguantar a tu madre. Piensa en mi situación, había una mujer con un hijo, un hijo mío. Había que darle de comer al niño, soportar a la madre. Aquello era demasiado para mí. Pero nunca me iba a imaginar que tu madre fuera a criarte de ese modo, como idiota.”

”Papá, es que yo nací idiota.”

”No, hijo, no. Tú no puedes haber nacido idiota, porque tú eres hijo mío, y yo no soy idiota, soy hijo de puta. No me ofendas, por favor.”

”Sí, papá, sí”, insistía yo, ”nací idiota, y además decidí elegir este estilo. ¿Qué otra cosa podía hacer?”

Después de unos días mi padre me convenció. Mala cosa ir de idiota por el mundo. Me di cuenta de que me había equivocado, que siempre había vivido de idiota cuando en realidad tenía que haber sido hijo de puta. Y por fin encontré lo que buscaba. Tal vez sea un poco tarde, pero es mejor ser hijo de puta que ser idiota. Lo juro, se vive mucho mejor. ¿O acaso hay alguien que piensa lo contrario?